

LEGÓ la noche... dieron las tres de la mañana.... Un grupo como de diez y seis ginetes se detenía delante de la puerta del monasterio. El caballero que parecía el gefe de aquellos hombres, se apeaba, llegaba á la puerta y descargaba allí dos ó tres golpes furibundos, con la mano aforrada por el guantelete.

Se abrió el indispensable postiguillo, y una voz soñolienta dijo saliendo entre un bostezo:

—Dios os guarde, hermano; qué se os ofrece?

—Me dicen, repuso el caballero, que aquí deben hallarse Jorge de Alvarado y Andrés Tapia.

—Aquí? dijo la voz con extrañeza.

—Aquí!

—Hermano, me parece que os han engañado; quién os lo dijo?

—Pedro de Paz.

—Él os envía?

—Sí.

—Pues hermano, me duele en el alma..... pero.....

—Desconfiais?.....

El portero aquel, en vez de responder sacó las narices por entre las rejas del postigo y procuró observar la facha y catadura del desconocido.

—Abrireis? dijo este.

—Si tuviéseis la bondad de esperarme..... iré á avisar al prior.....

—Bien, repuso el caballero; decidle que vengo enviado por el muy magnífico señor D. Hernando Cortés.

—Don Hernando?..... exclamó el otro.

—Sí.

—Cortés?.....

—El mismo.

—Cáspita! llegais por ventura del Purgatorio?

—Por el diablo!

—Esperad! voy corriendo.....

Oyóse cómo el portero se alejaba. El caballero se acercó á su rocín, le pasó el brazo por encima de la silla, y reclinado allí esperó, viendo entretanto pasar las pardas nubes que á la sazón cubrían los rayos de la luna.

Pasó un buen rato; al cabo comenzaron á rechinar las ventanas, por cada una de las cuales se asomaban cautelosamente varias cabezas, que parecían cuchichear, observando con desconfianza al caballero.

—Quién va! gritó por fin una de las cabezas.

—Sois el prior?—preguntó el desconocido.

—Buscábais á Alvarado?

—Sí.

—Qué se os ofrece?

—Sois el capitán?

—Sí; quién sois vos?

—Soy Martín Dorantes, llevo enviado por mi señor, con cartas para vos y para el capitán Andrés Tapia.

Un rumor producido por mil exclamaciones de sorpresa, recorrió la línea de las ventanas. Oyóse poco después el retumbar de muchas pisadas. Los cerrojos se descorrieron y la puerta se abrió para dar paso al caballero y sus ginetes.

.....
Daban las seis cuando la puerta volvió á abrirse; salieron de ella dos hombres embozados, y se encaminaron, casi á escape, rumbo al palacio del Empedradillo.

Pronto llegaron, anunciándose con terribles golpes dados en la puerta con el pomo de los puñales.

—Quién va!—gritaron de adentro.

—Nosotros! abrid pronto.

—Diantre!..... os anunciais con un taco.....

—Abrid!.....

—Voy allá!.....

Sonó la llave, abrióse la puerta, y los dos hombres se lanzaron por aquel zaguán sin atender á las reclamaciones del portero; treparon por las escaleras, se entraron en los aposentos y fueron á golpear los vidrios de la misma habitación adonde Salazar dormía.

El gobernador se despertó sobresaltado.

—Qué?... qué pasa?..... preguntó arrojándose fuera de la cama.

—Yo, señor,—respondió uno de los hombres.

—Garrido?.....

—Sí, señor.....

—Qué pasa?..... entrad!.....

Garrido impulsó la vidriera, y él y su compañero penetraron dentro de la alcoba.

Salazar estaba en pié, casi desnudo, medio oculto en los cortinajes de su lecho. Su rostro abotagado, su cabellera enmarañada y sus ojos enrojecidos, mostraban el efecto de la borrachera del día anterior, que se había prolongado hasta en la noche. El regüeldo de la intemperancia parecía inflar los carrillos de aquel gobernador que aun articulaba con dificultad las palabras.

—Señor!..... dijo Garrido, cuya respiración era agitada;—huid, ó preparad vuestra defensa, por que estais en peligro. Ha llegado Martín Dorantes; Cortés ha llegado á Medellín, y sus cartas están en manos de Alvarado. Las cartas de los soldados de la expedición se leen en este mismo instante por toda la ciudad: Tapia estará aquí dentro de poco, á la cabeza de trescientos conjurados que piden á gritos vuestra muerte!.....

Salazar quedó estupefacto; sus ojos, horrorosamente extraviados, recorrieron como en busca de una salida los ámbitos del aposento.

—Llamad á Negromonte,—dijo.

—Adónde está? señor.

—No lo sé..... llámadle!..... pronto!.....

—Ignoramos.....

—Llamad á Benavides!.....

—Benavides?..... señor..... está en Iztapalapa.....

—Rayo de Dios!..... es cierto..... se han marchado todos á ese maldito subterráneo con esos indios que el diablo confunda!..... y yo que debía estar tan bien allí..... mentecato!..... á ver, señores..... vos, Garrido..... llámame á Barrientos.....

En esto se escuchó por la calle un ruido inmenso que á lo lejos mugía como las ráfagas del aire.

—Oís?..... dijo el compañero de Garrido.

—Sí,—dijo este abalanzándose al balcón.

—Vienen?—preguntó Salazar, que no atinaba á meter la pierna por las calzas.

Garrido le ayudó á vestirse; Salazar no cesaba de hacer preguntas al personaje del balcón, y temblaba como el perro empapado por una lluvia de Diciembre, en tanto que Garrido, trémulo también, le cerraba la botonadura del justillo.

El ruido crecía y se aproximaba; oíanse las carreras de algunos transeuntes azorados; tropel de ginetes, voces confusas, algunos tiros de arcabuz, y el golpe de pesadas ruedas que saltaban sobre el empedrado haciendo sentir un movimiento de trepidación, que hacia crugir los techos y llover pedruscos de tierra que se estrellaban de un modo siniestro sobre el piso.

—Huyamos!—exclamó Salazar dejando un trozo de la manga entre las uñas de Garrido, y yendo á forcejar con el pestillo de una puerta que parecía empeñada en cerrarle el paso.

—Ocampo!—gritó Garrido al del balcón;—venid con nosotros..... por aquí hay una salida.....

—Quietos!—dijo el otro,—no haya temor..... estamos en salvo..... es D. Luis de Guzman que llega con la artillería..... calmáos.....

—Pero esos tiros?—preguntó Salazar.

—Han cesado, señor; son probablemente algunos disparos que la retaguardia de Guzman se cruza con las avanzadas de Tapia..... aquí llegan.....

—¿Luego vienen tras de Guzman?.....

—Sí, señor.....

—Luego tendremos un mitote!

—Lo creo irremediable.....

—Dios!..... y qué fuerzas traen los conjurados?.....

—Eran trescientos cuando se formaban en los patios del monasterio..... pero.....

En esto apareció en la puerta D. Luis de Guzman, pálido, sofocado, convulso, con el traje en desorden y arrastrando en una mano la hoja desnuda de su acero.

—Su merced..... el señor Salazar..... adónde está?... preguntó.

—Defendednos!—dijo el gobernador saliendo al encuentro de Guzman;—en vos confío; teneis en vuestras manos mi vida y la seguridad del reino.....

—Bien señor,—dijo Don Luis calmándose;—solo esperaba vuestras órdenes para saber á qué atenerme respecto de esos miserables.

—Arremeted con todos, repletad de metralla vuestros cañones, y barred sin compasion á esa turba insolente de los conjurados.....

—Cáspita!—exclamó Garrido;—parece que se avanzan...

—Cuántos hombres traeis?—preguntó Salazar.

—Doscientos.

—Cañones?.....

—Doce.

—Por mi madre!..... con eso es suficiente para reducir á polvo á ese canalla. Vamos!.....

Salazar arrebató un sombrero que estaba sobre una columna de la cama, y se lanzó por la escalera seguido de Guzman, de Ocampo y de Garrido.....

En cosa de 20 líneas, Don Lúcas Alamán cuenta los hechos que la ciudad presencié aquella mañana entre el asombro y la alegría.

«Aunque las fuerzas reunidas en San Francisco no pasaban de quinientos hombres, Andrés de Tapia y Jorge de Alvarado marcharon denodadamente con ellos á atacar á Salazar; pero antes de hacerlo, dejando la tropa situada en las esquinas de las calles, Tapia se adelantó á caballo á hablar con Salazar, á quien le pidió manifestase las cartas é instrucciones del rey que habia dicho tener para sus procedimientos contra Cortés, y habiendo dicho que no las tenia, Tapia, arremetiendo con el caballo, gritó á la gente que acompañaba á Salazar: «caballeros, prendedle; no querais ser traidores.» Entonces Salazar tendió la mano con la mecha á un cañon, diciendo: «calla, si no quieres que pegue fuego:» á cuyo tiempo Don Luis de Guzman que mandaba la artillería de Salazar, temiendo ser atacado por la espalda, la hizo entrar á la casa con parte de la gente: el resto que quedó fuera se unió con Tapia, y este acometió contra la casa, cuya puerta fué derribada y la casa entrada por muchas partes. Tapia cayó del caballo herido de una pedrada, y Jorge de Alvarado dió presto con Salazar, á quien él y los demas gefes pudieron salvar del furor de los soldados: la gente de Salazar se desbarató y huyó, saltando por las ventanas y paredes. A Salazar le echaron una cadena al cuello, y con mucho vituperio le pasearon por calles y plazas para que todos le viesén, y no juzgándole seguro de otra suerte, le encerraron en una jaula de vigas gruesas que al efecto construyeron.»

Estrada y Albornoz ocuparon inmediatamente el puesto de Salazar y de Chirinos. Tapia se lanzó en persecucion de

este último, y mientras Pedro de Paz queda custodiando la ciudad, Jorge de Alvarado con cien lanzas y precedido por algunos guías, tomaba el camino del Huixahtecatli, en busca de Benavides y Negromonte.....

—Capitan,—decia Dorantes á Alvarado;—qué diablo!.... permitidme que dé un abrazo á mi esposa antes de que partamos.

Alvarado se caló la visera para ocultar su turbacion, y respondió:

—Ea! tiempo tendreis para desahogar vuestra ternura. No ha llegado el instante en que os podais abandonar con entera confianza á ese placer comprado con tan dilatada ausencia. Estamos casi al principio del combate, y si la muerte os hace una diablura, no conseguireis con vuestro abrazo mas que aumentar en Isabel ese pesar que deje en su alma vuestra pérdida.

—Teneis razon..... pero á fé mia que estais siniestro.

—Qué quereis?..... paréceme que los que marchan al peligro deben estar aparejados á la muerte.

—Por lo mismo..... vos, capitan, os prevenís haciendo vuestro testamento siempre que os preparais para una danza..... yo no tengo bienes de fortuna..... yo dejaré á mi pobre esposa un adios y mi postrera lágrima.

—Bien..... y de qué sirve á vuestra esposa el adios y la lágrima?.....

—Cómo de qué!.....

—Sí.

—Mirad, capitan,—dijo Dorantes despues de un momento de vacilacion;—á ella..... de nada le serviria mi llanto..... pero el suyo seria para mí.....

—Un placer?

—Un consuelo!

—Hé ahí el egoísmo. Daríais mayores pruebas de vuestra sensibilidad, y seríais magnánimo, si ahorráseis á Isabel ese momento atroz de una despedida.

—Bah! si yo me despidiera de ella para marchar al caldoso.....

—Cáspita! si no estuviera acostumbrado á admirar vuestro arrojo, diria que teneis esa seguridad de los que piensan no batirse.

Dorantes inclinó la cabeza y guardó silencio. Detrás de él, entre revueltos cortinajes de polvo, se escuchaba el eco incesante del galope de cien corceles.

Que será un modelo para los autores que tengan precision de terminar una historia.

ERA el día señalado para solemnizar el matrimonio de Isabel, segun el rito de los indios. Era asimismo el día en que Tetzahuitl, reconocido como el sucesor de Guauhtimotzin, debia recibir de los caciques la macana de oro y el cetro del futuro reino del Anáhuac. Temachtli habia franqueado á Negromonte y á sus compañeros el seno misterioso de aquella gruta. Habíase roto á pico la argamasa endurecida de unas rocas del muro. Las rocas cayeron y apareció un arco abocinado, entrada de una nueva gruta que era una especie de santuario. Descendíase allí por una suave escalera de mármol negro con balaustrada de oro. Hallábase uno desde luego en un recinto inmenso de una peregrina hermosura. Aquel lugar, tan solo hermoestado por el ingenio azteca, habia sido formado muchos siglos antes en el hueco del antro, por la naturaleza misma. El agua saturada de sales habia trasportado lentamente por los peñascos, y las gotas, conver-